

# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

PUES SEÑOR...



—Una de tres: ó me voy á Melilla, ó me voy á mi casa, ó ni me voy a Melilla ni me voy á mi casa.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Humoradas, por José Estremera.—La capa, por Eduardo Bustillo.—Consecuencias de la guerra, por Juan Pérez Zúñiga.—Bibliografía festiva, por Antonio Sánchez Pérez.—A Tisbe, por Eduardo de Palacio.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Indecisión.—Las reformas.—Anuncios, por Cilla.



Ahora se ha puesto de moda el hermano del sultán, y con este motivo se habla menos de Rostrogordo y Cabrerizas.

A cada cual le va llegando su turno. Hubo un día en que se hablaba solamente de los corresponsales, después del Polígono, luego de Macías y más tarde de las cantineras, hasta llegar al hermano del referido sultán, que es quien ahora reclama la atención del público.

Dicen que es persona atenta, gran jugador de tute, poco aficionado a las señoras y tuerto desde su más tierna edad. Ha llegado el otro día con muchos moros á caballo, cinco pendones y libra y media de embutido, y acampa cerca del proyectado fuerte de Sidi-Guariax. Viene á hacer valer nuestros derechos—que buena falta nos hace—y á reprimir la audacia de los moros, levantiscos y mal educados.

Esto es lo que dicen los periódicos ministeriales; pero sabemos por un africanista famoso, alojado en la posada del Peine, que no trae más propósito que el de casarse y poner casa de préstamos en Melilla; de todo será capaz, de todo, menos de defender nuestros intereses y pagarnos los enormes gastos de guerra.

Los moritos no pueden inspirarnos confianza alguna desde que les hemos visto rodear el fuerte de Cabrerizas Altas, sabiendo que estaban dentro varios corresponsales.

Si fuesen como Dios manda, nunca hubieran osado hacer fuego sobre la prensa periódica ni sobre la cámara oscura de Compagny.

De manera que el hermano del sultán, ó sease el agosto tuerto, tendrá, de seguro, buenas palabras, y hará, si á mano viene, elogios de Moret, á quien estima en todo lo que vale, pero no será para pagarnos ni una mala copa.

De esta opinión participan casi todos los patriotas de café, empezando por Pepe, el mozo, y concluyendo por Bernabé, el fosforero de la Cervecería Suiza. Este se muestra muy indignado contra López Domínguez, y ha dejado de pertenecer al comité fusionista del distrito del Congreso, ingresando en el partido conservador, pero aún no sabe si reconocer la jefatura de Silvela ó la de don Antonio.

Hay que convenir en que el Gobierno lo hace bastante mal, y esto dará ocasión á que le abandonen muchos de sus correligionarios. En el propio Círculo fusionista se habla todas estas noches con gran indignación de la falta de actividad del ministro.

—¿Por qué no manda fuerzas á Melilla?

—¿Por qué no comienza el ataque?

—¿Por qué no «subimos» al Gurugú?

—¿Sabe usted la altura que tiene el Gurugú?—pregunta con cierta sorna un defensor de López Domínguez.

—No lo sé, pero me afirmo en mi idea. Hay que tomar el Gurugú inmediatamente.

—Señores—dice con solemnidad uno de la junta directiva (así lo pronuncia él)—el Gurugú es un monte muy alto, lleno de pedruscos y chopos, lo cual que no se puede tomar tan fácilmente.

—¿Para qué queremos la artillería de montaña?

—Eso, eso.

—Yo lo que hacía—dice otro—era subir á lo más alto del Gurugú, é inmediatamente ponía allí...

—¿Una casa de huéspedes?

—No sea usted guason; ponía doscientos cañones de tiro rápido y no dejaba vivo un solo moro.

—Pues póngalos usted.

\*\*\*

La verdad es que el ministro de la Guerra no da gusto á nadie.

El llamamiento de los reservistas ha ocasionado grandes perturbaciones en el seno de los hogares, y todo el mundo teme que no se detenga el general en su propósito de pedir mayores fuerzas pasivas.

El día menos pensado resulta que me llaman á mí, mozo de la quinta del 70, y aun puede que sea reclamado «Asmodeo» como recluta disponible.

\*\*\*

Hace un frío horroroso y los teatros se han convertido en neveras.

La mayor parte de los espectadores presencian la función con el embozo de la capa subido hasta las cejas, y no osan entusiasmarse por no sacar las manos de los bolsillos, aunque, á decir verdad, poco hay que aplaudir en nuestros apreciables coliseos.

En cambio, todos hacen uso de los pies, ya para entrar en calor, ya para expresar sus opiniones acerca del mérito de las obras que se representan.

Pero el frío no evita que los novios se amen verbalmente en las butacas y molesten á los pacíficos espectadores.

Noches pasadas, en Apolo, tuve detrás de mi asiento, durante la representación de *El dúo de la Africana*, una pareja de enamorados ruidosos que no me han dejado oír la zarzuela.

—¿Me quieres?—preguntaba él.

—Ya lo sabes—contestaba ella.

—¡Qué mona eres!

—¡Adulador!

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—No.

—Que me voy á ir á Melilla.

—No me hagas rabiarse, Ricardito.

—Me voy, porque no me quieres.

—Vaya, no digas esas cosas, que me incomodo.

La mamá hacía como que no se enteraba; pero dirigía miradas oblicuas á la pareja y sonreía con satisfacción.

—¡Rical!

—¡Mono!

—¡Cielito!

—¿A qué hora vas á pasar mañana?

—A las tres.

—¿Qué has hecho de mi pelo?

—Lo tengo aquí.

—¿Dónde?

—En el bolsillo del pantalón, para poderlo sacar á todas horas y darle muchos besos.

En fin, yo no he podido enterarme del argumento de la obra; pero, en cambio, supe por boca de los interesados que el novio se llamaba Ricardito y la novia Chachita, y que cada día se quieren más y están deseando casarse. Él no entra en casa porque el papá se niega; la mamá protege las relaciones, y esto le proporciona el gusto de ir al teatro á costa de Ricardito, que es el que paga las butacas.

Yo no me opongo á que esos chicos se amen; pero, por la Virgen Santísima, que nos dejen oír las zarzuelas.

LUIS TABOADA.

## HUMORADAS

I

Un recuerdo constante  
por solo bien la muerte me depara,  
y aunque mucho camine hacia adelante,  
voy volviendo hacia atrás siempre la cara.

II

¡Mira si es grande la desdicha mía!  
Mientras que tú:—«¡ya no!»—lees en mis canas,  
á mí me grita el alma:—«¡todavía!»

## III

Dicen que ya no sales  
de la iglesia, Virtudes...  
A dedicarte á Dios muy tarde acudes:  
¡cuando ya no te quieren los mortales!

## IV

Mal andaría Amor, si los amantes  
lo que ocurre después supieran antes.

## V

Al infierno te llevan tus encantos  
de fijo, si no sabes esconderlos;  
que, en cuanto á pensamientos poco santos,  
es igual inspirarlos que tenerlos.

## VI

No llevéis á esa pobre criatura  
á un triste manicomio todavía:  
¡está loca... de amor! ¡Eso se cura!

## VII

Tras de rendir al muerto su tributo  
de suspiros y lágrimas, Lucía  
pensando pasa el día  
si estará bien ó mal vistiendo luto.

## VIII

Al casarse Constanza,  
perdió el dulce placer de la esperanza.

## IX

Sé, Patrocinio bella,  
que al armario que está junto á tu cama  
hace ya mucho tiempo que le llama  
el caballo de Troya tu doncella.

JOSÉ ESTREMERÁ.

## LA CAPA

«La capa todo lo tapa,»  
dice un refrán castellano,  
y hay muchos que en el verano  
echan de menos la capa,  
porque al sol canicular,  
que es un gran denunciador,  
enseñan, hasta en su honor,  
lo mucho que hay que tapar.  
Cuando el otoño comienza,  
aunque haya calor de estío,  
hay quien ya pretexto el frío  
por taparse la vergüenza,  
y anticipa un par de meses  
el embozo hasta los ojos,  
por no dar con los enojos  
de sus terribles ingleses.

Porque, en esta corte y villa,  
la capa que puso el dueño  
por seis pesetas de empeño  
á salvo de la polilla,  
por siete meses ó más  
es disfraz interesante,  
tapa-manchas por delante,  
cubre-dendas por detrás.  
Y hay quien en la calle cuida  
de evitar, con la pañosa,  
ó sorpresas de la esposa,  
ó insultos de la querida.

Pero ¡ay si, al llegar la dama,  
se halla el precavido mozo  
con que le arranca el embozo  
un soplo del Guadarrama!

Los que ya me tienen harto  
son los que, con facha fiera  
de la época aventurera  
del rey don Felipe cuarto,  
llevan la capa terciada  
y, para que más los noten,  
sacan por debajo el roten  
que es hoy del rufián espada.

Otro refrán castellano  
habla de ese largo abrigo,  
con que se ve á algún mendigo  
darse aires de soberano.

«El que tiene capa escapa;»  
mas creo que hay que contar  
con que empieza por saltar,  
para escapar bien, la capa.

Pero ¡habrá algún tonto ahora,  
tan casto y de buena fe,  
que la suelte á lo José  
á una bella tentadora?

Antes monje de la Trapa  
que hacer tal majadería;  
yo siempre me quedaría  
con la hermosa... y con la capa.

EDUARDO BUSTILLO.

## CONSECUENCIAS DE LA GUERRA

Dentro de poco tiempo habrá mil cosas  
con nombres alusivos  
á todo aquello que en la actual campaña  
la pública atención ha merecido.

Se podrá en los cafés tomar cerveza  
fuerte de Rostrogordo, pan Remington,  
leche de Cabrerizas  
y refresco Moren con sus barquillos.

En las tiendas de modas hallaremos  
sombreros Gurugú para los niños,  
manteletas de paño á lo Tres Forcas  
y corsés Mariguari muy bonitos.

Habrán confiterías donde vendan  
polígonos de crema, pastelillos  
de santón, mazapán disciplinario,  
bajás de malvavisco,  
trincheras de guirlache  
y otras cien cosas más por el estilo.

En las camiserías compraremos  
camisas Maüser con sus vistas de hilo,  
variedad de encarnados corbatines  
ó de horcas coloradas, que es lo mismo,  
calcetines Macías,  
medias brigadas de bastante abrigo,  
ligas de San Lorenzo y elegantes  
gorras de Maimonçillo.

Probablemente en muchas  
lonjas de ultramarinos  
veréis higos infieles de Frajana,  
fideos explosivos,  
chocolate Mazuza,  
salchichón de Camellos extrafino,  
judías expulsadas... de Melilla  
y en colosal surtido  
castañas telegráfico-postales  
y latas de aparente patriotismo.

Y en las tiendas de gomas  
podrá el lector carísimo  
ver lavativas Krupp de tiro rápido,  
biberones moriscos  
y pelotas, en fin, del ya famoso  
Conde de Venadito.

Estos serán los nombres  
que hemos de ver poner, si es que vivimos.  
Por cierto que me extraña  
que no estén todavía establecidos.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## BIBLIOGRAFÍA FESTIVA

(«EPISTOLARIO,» POR VÍCTOR BALAGUER)

No sé si, en efecto, el poeta *Victor Balaguer* habrá escrito en alguna parte lo de PLUMA DE GACELA, que algunos le atribuyen; lo dudo porque no lo he visto, y una experiencia larga me dice que, de ciertas cosas, mientras no se ven conviene dudar siempre, y aun en ocasiones es prudente la duda después de haberlas visto.

Mucho tiempo estuvimos *acumulando* (estuvieron, sería más exacto, porque yo ni quité ni puse rey... ni ayudé á mi señor...; entre otras razones, porque yo no tengo señor ni quiero reyes...) digo que por mucho tiempo se repitió la tan conocida frase: «*Era de noche, y sin embargo llovía,*» achacándosela á cierto novelista que, efectivamente, no había escrito nunca semejante cosa. Á un profesor, académico por cierto, se le consideró autor de la siguiente cuarteta:

«En la caverna sonó  
un gran silencio profundo;  
y ese silencio era yo,  
que soy un reptil inmundo;»

y, en efecto, también resultó que el académico rechazaba la paternidad de tal desatino.

Víctor Balaguer obtuvo, en sus años juveniles, aplausos y fama; fué muchas veces laureado en el teatro; alcanzó, por su laboriosidad, la fortuna de ser solicitado por los editores... Después, ¡oh! después llevó á cabo algo mucho peor que todo eso... fué ministro cuatro ó cinco veces, no sé cuántas; fué elegido miembro de las Academias de la Lengua y de la Historia. Tamaños delitos no podían pasar sin protesta, ni quedar sin castigo. Los contemporáneos de Balaguer debían inventar contra su querido amigo algo que las generaciones posteriores recogiesen; y como de un hombre público que después de haber sido ministro de Fomento y de Ultramar en épocas de negocios (y negocios gordos) queda pobre, sin más fortuna que la propia, y esa propia—heredada de los padres—la dedica entera á la fundación de una Biblioteca Museo, no puede afirmarse que ha robado..., se contentaron con achacarle haber dicho desatinos... ¡Dichoso y bienaventurado hombre público, en contra del cual sus enemigos, después de haberlo visto varias veces en el ministerio, sólo se han atrevido á decir que escribió, no se sabe dónde, *pluma de gacela!*

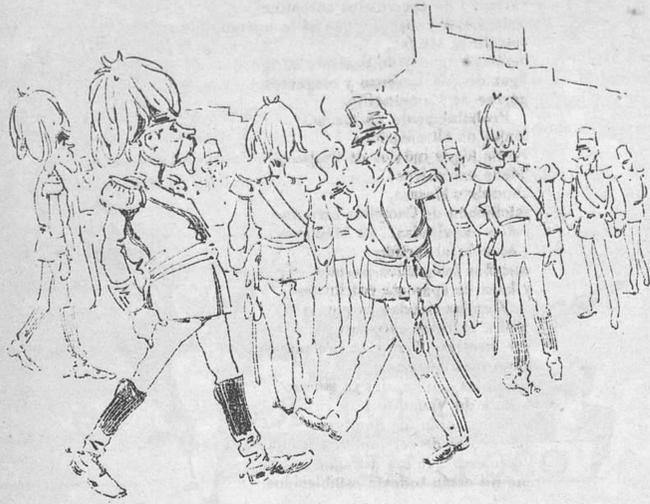
Pequeño crimen es para castigo tan duradero.

Repito que no lo he visto; pero aun viéndolo, dudaría yo si donde decía *gacela* habría escrito el autor *garceta*, *garcela* ó cualquier otra cosa.

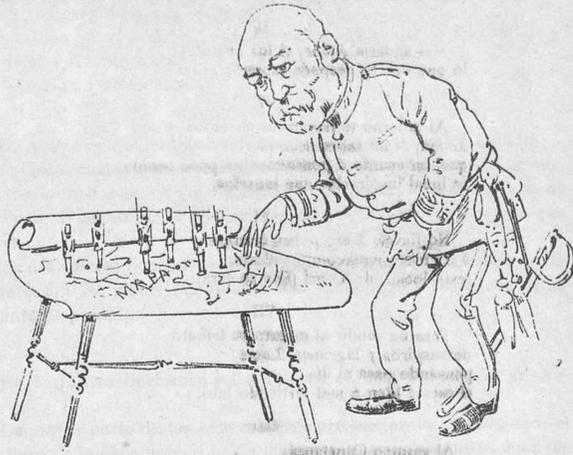
Y de todas suertes, convengamos en que hablar de la pluma de gacela podrá denunciar, en el que habla, escasos conocimientos de Historia natural, pero nada dice en pro ni en contra de sus condiciones de poeta. No se mostró muy erudito el gran *Shakespeare* haciendo que los coevos de Hamlet hablaran de la muerte de Jesucristo, que vino al mundo dos siglos y medio después, y mucho menos admitiendo que ya se fundían cañones dos siglos antes de la Era cristiana... lo cual no quita, ni ha quitado, ni quitará á Guillermo Shakespeare el puesto, que justamente ocupa, de primer autor dramático del mundo, aunque en concepto de historiador no pueda ponerse al nivel de un César Cantú, ni de un Gervinus.

Los que atribuyen á Víctor Balaguer, con verdadero ensañamiento, la locución *pluma de gacela*, aun admitiendo que no se equivoquen (y es cuanto puede admitirse), habrán demostrado que el célebre autor de *Don Juan de Serrallonga* y de la *Historia de Cataluña* no es un naturalista... Lo cual no ha de sorprender á quien, según tengo entendido, no aspiró nunca á emular las glorias de los Cuvier y Linneo.

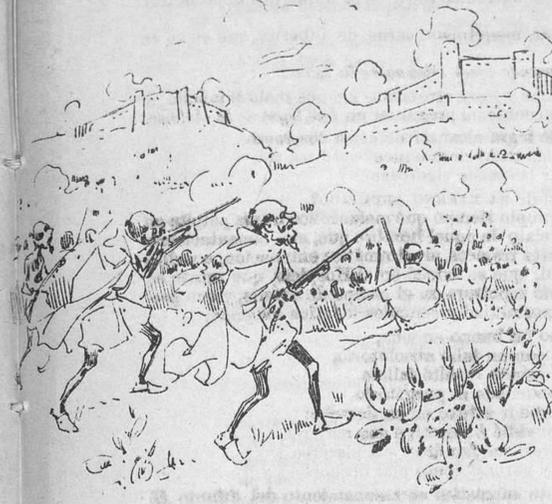
# LAS REFORMAS



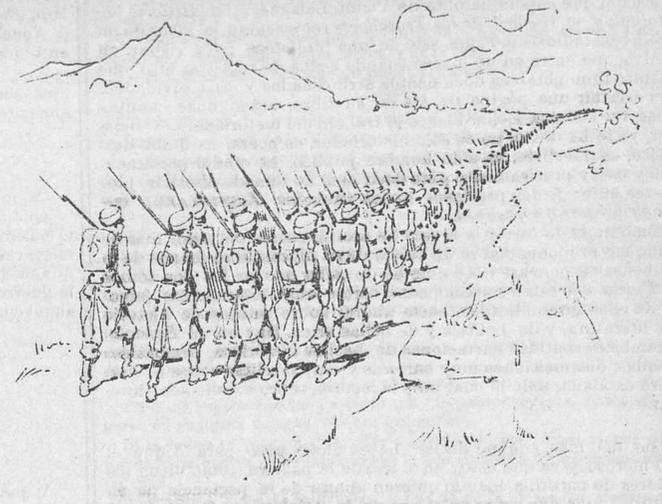
Esta era una nación, entrampada hasta las niñas de los ojos, que, á pesar de sus trampas, se gastaba un dínar en el ejército.



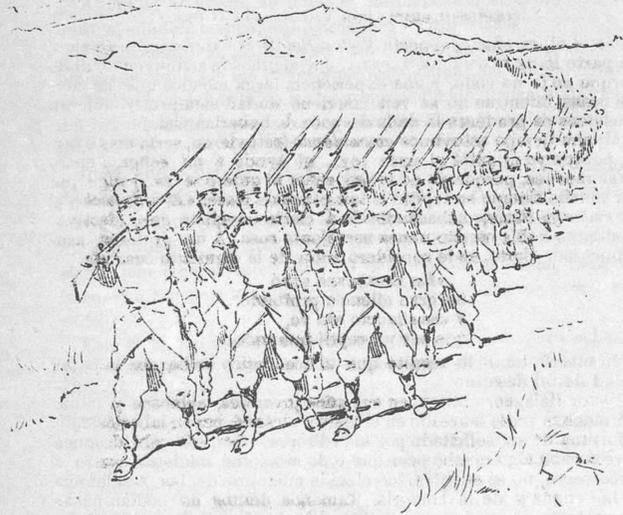
Y á un ministro se le ocurrió en buen hora hacer importantes reformas organizando los servicios, para que las tropas costaran poco y, sin embargo, pudiesen ponerse en pie de guerra en un momento dado.



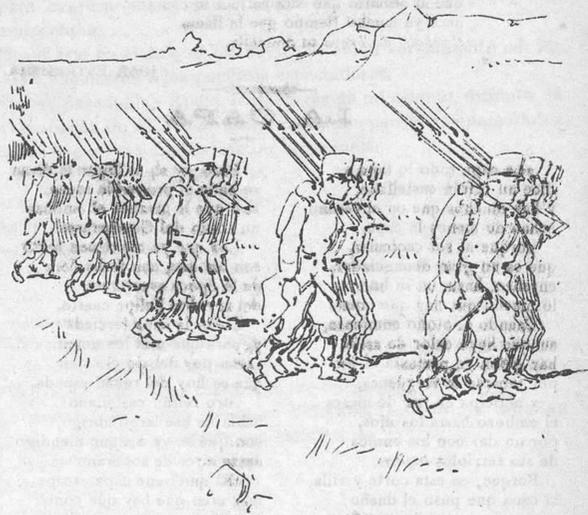
Hete que, sin duda para probar la bondad de los nuevos planes, surgió de repente un grave conflicto con ciertos vecinos fastidiosos y molestos.



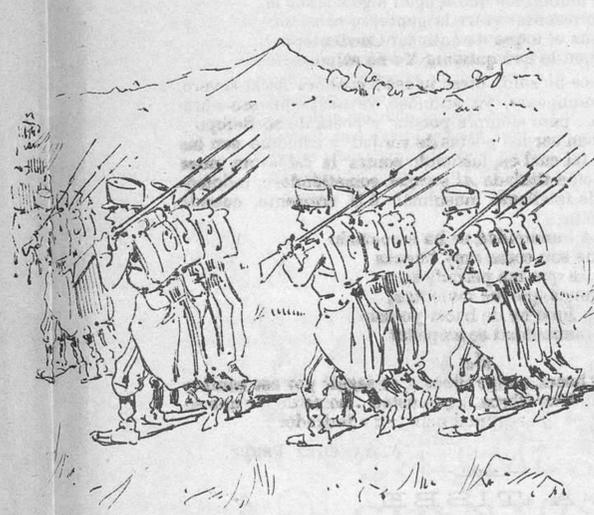
Y en seguida los regimientos del Sur se dirigieron precipitadamente al Norte.



Los del Norte al Sur.



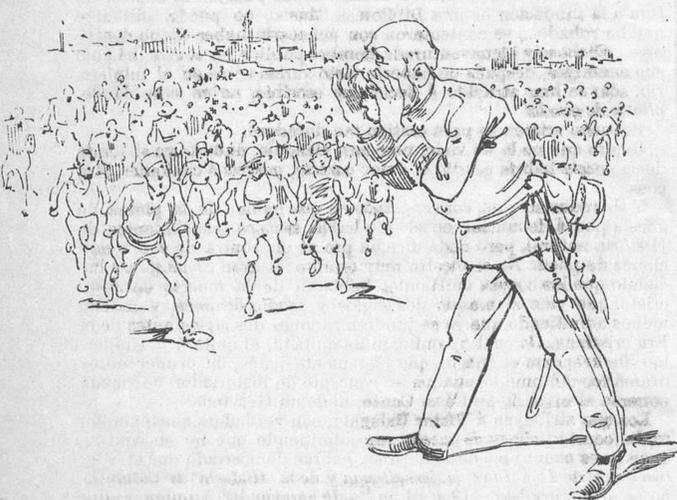
Los del Oeste al Este.



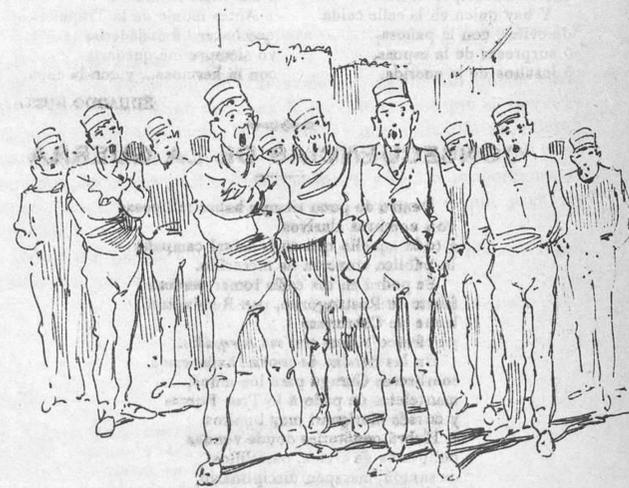
Y los del Este al Oeste.



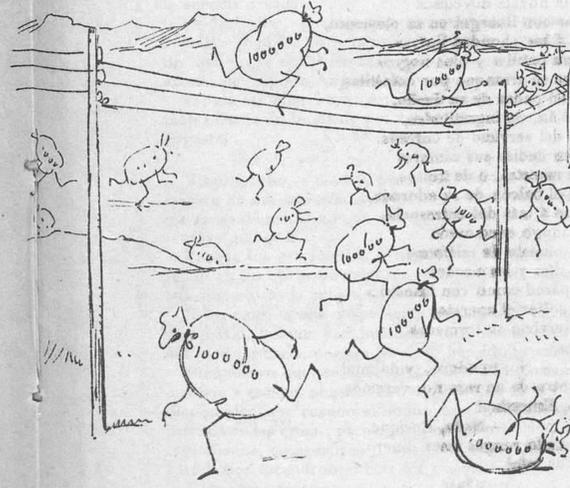
Entretanto pasaban semanas y semanas y los vecinos fastidiosos... ¡como si tal cosa!



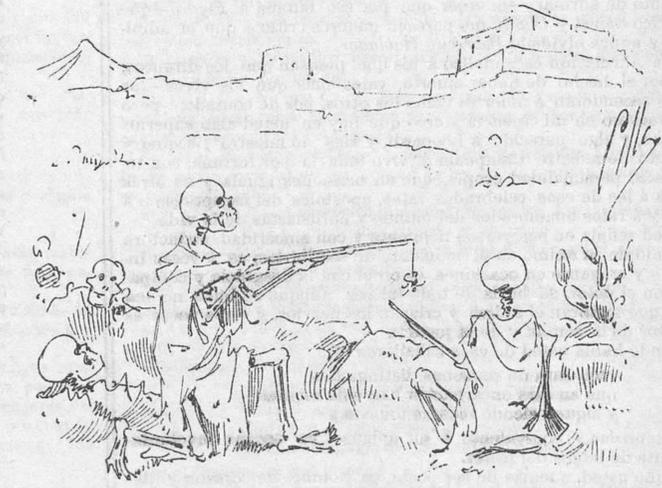
Tanto que hubo que llamar á las reservas.



Que se encontraron ¡ay! con que no tenían armas ni equipos, ni siquiera dónde meterse.



Se armó, como es consiguiente, el mayor bululú que han conocido los siglos, y se gastaron millones y millones en viajes, comestibles y otras zarandajas.



Hasta que, gracias á Dios, se resolvió el conflicto, porque todos los enemigos fallecieron de muerte natural esperando el ataque.

Pero prescindiendo de esa errata, ó error, ó descuido, ó lo que fuere, que de todas maneras no pasará nunca de pecadillo venial, ¿no parece á ustedes admirable la perseverancia, la asiduidad, la aplicación que supone la obra de Víctor Balaguer? Su *Historia de Cataluña* y su *Historia de los Trovadores* representan la labor de un hombre estudiosísimo que sale de una biblioteca para visitar un archivo; que entra en un museo cuando acaba de registrar otro; que consultó innumerables documentos arrinconados y casi olvidados, para escribir una página de las de su libro, acaso unas cuantas líneas, tal vez una fecha. Ese es el trabajo del historiador... Y Balaguer, ya lo he dicho, no es sólo historiador, es poeta, es autor dramático, es novelista, ha sido hombre público, es orador parlamentario y es—y precisamente para decir esto he tomado ahora la pluma—es autor de dos preciosos tomos titulados: *EPISTOLARIO, memorias de cosas que pasaron*.

Como dejando correr la pluma he escrito acerca del autor más de lo que me proponía, habré de hablar de su último libro menos de lo que pensaba; pero así y todo, no he de callar que en los dos tomos del *Epistolario* están coleccionadas cartas muy interesantes (algunas de ellas no publicadas hasta ahora) sobre puntos de historia y de literatura, y de política y de bellas artes. Hay en el *Epistolario* también: sentidas narraciones de hechos históricos, dramáticas leyendas, disquisiciones muy curiosas y muy eruditas sobre la literatura catalana, todo lo cual hace la lectura, sobre amenísima, interesante.

\* \* \*

Y no digo más, aunque declaro haber dicho poco para lo que el libro merece; y ya que estoy en el uso de la palabra (como dicen los oradores de pacotilla cuando quieren abusar de la paciencia de su auditorio), y ya que estoy en el uso de la palabra, repito, ó en el uso de las cuartillas, no quiero concluir esta noticia de libros que me han gustado sin manifestar á Sinesio Delgado que su tomo *ALMENDRAS AMARGAS* es un libro que le honra á él y que honra nuestra literatura contemporánea.

Sí, amigo Sinesio; sí, señor... Ya sé que estoy cometiendo un abuso de confianza encajando en estas líneas, que usted no ha de ver hasta que estén impresas, un aplauso con el que usted no contaba; pero aunque usted se enoje no quiero resistir á la tentación de decirle que sus composiciones en verso, coleccionadas en el susodicho tomo, son casi todas de primera y muchas de clase *extra*.

Y riase usted de mis *benevolencias*; ésas son voces que mi buen amigo Clarín hace correr porque me quiere mucho y pretende guardarme el secreto de mi incompetencia y de mi ignorancia en asuntos de crítica; pero no soy benévolo, ni quien tal pensó... Lo que sucede es que solamente hablo de los libros y de las cosas que me gustan, y... naturalmente, digo que me gustan.

Y su libro *Almendras amargas* me gusta de veras, y estoy seguro de que no me gustará á mí solo... con lo que no le saldrían á usted bien las cuentas.

Únicamente me disgusta que usted se clasifique á sí mismo entre las *medianías*; ¿qué medianías ni qué calabazas?... Es verdad que sobre eso de las medianías hay mucho que discutir y mucho que deslindar. Si bien se mira... medianías somos todos... desde Tamayo y Echeagaray, por ejemplo, hasta el último *currinche* de los mil y quinientos españoles que hoy escribimos para el teatro... pero aun dentro de la medianía hay clases, amigo Sinesio, y nadie colocará, es un suponer, á Enrique Gaspar al nivel de Poncio, el periodista que usted retrata en la página 91 de sus *Almendras*... Y además, y sobre todo, que en estas clasificaciones no se coloca el autor á sí propio en el lugar que á él le parece; el público es quien se encarga de ese asunto, y el público de hoy, y sobre todo el público de mañana, no colocará á usted, seguramente, entre las medianías... medianas.

He creído siempre compatible el respeto y la admiración tributados á los grandes hombres que ya no existen con la estimación justa y el aplauso otorgados á los que viven entre nosotros; por eso, siendo como soy admirador y entusiasta de Larra, he tenido el atrevimiento de afirmar—sin creer que por eso faltaba á *Figaro*—que Federico Balart y Clarín me parecen mejores críticos que el admirable y nunca olvidado *Pobrecito Hablador*.

Esta afirmación escandalizó á los que piensan que los difuntos, sólo por el hecho de haber muerto, valen más que los vivos—los cuales ascenderán á muertos como los otros, por de contado;—pero yo persevero en mi creencia y creo que hay en usted algo superior á Heine, y algo parecido á Leopardi, y algo de nuestro Bécquer y un tanto de nuestro Campoamor, vivo todavía por fortuna; con tener usted personalidad propia, que en ocasiones iguala y en otras supera á las de esos celebrados vates, apóstoles del escepticismo á ratos, y á ratos enamorados del mundo y entusiastas de la vida.

Usted refleja en sus versos fielmente y con sinceridad seductora el estado de su ánimo en el momento de escribirlos; es á veces incrédulo y creyente en ocasiones, es cruel con la desgracia y compasivo con el dolor, se burla de todo tal vez, aunque su burla no sea de las que torturan el ánimo y crispan los nervios, y otras veces es el cantor de la verdad y de la justicia.

Cuando habla usted de esos caballeros

«con cara de personas distinguidas  
que en otra encarnación han sido moscas  
y siguen siendo moscas todavía,»

un «*es verdad*,» equivalente á un aplauso, se escapa involuntariamente de labios del lector.

De que usted, además de ser poeta, es hombre de corazón y literato de su siglo, dan buena prueba sus composiciones *La pulmonía*, *El otro mundo*, *¡Atrás!*, *¡Arríbal!*...

El triste efecto que puede producir la dureza con que trata usted á una desgraciada en su composición *A una... cualquier cosa*, queda compensado con el agrisado sabor de boca que nos deja la titulada *En las alturas*.

Aquel Juan Fulánez, maquinista, carne de taberna, que se ve en su tónder

*tan grande como Dios sobre la tierra*

dice cosas muy buenas y muy atrevidas, y no es malo tampoco lo que usted dice por su cuenta, al preguntar en *Las leyes de la historia*:

«¿Cuál se logra alcanzar de estas dos cosas:  
vigorizar las razas decadentes  
ó afeminar las razas vigorosas?»

¿Y qué diré á usted de EL ETERNO ABURRIDO?

¡Qué delicada y al propio tiempo qué melancólica ironía palpita en el natural y sencillo relato de aquel hombre que, sin lamentaciones elegiacas, sin desplantes trágicos, sin dramática entonación, nos dice que nació en un portal, que se educó en el Hospicio, que murió en la guerra civil y recibió sepultura en el campo de batalla, y que prosigue con la misma naturalidad y sencillez idéntica diciendo:

«Como fui bueno en vida,  
contaba con un fallo absoluto;  
pero mi cuenta resultó fallida  
y salí condenado al purgatorio.  
El juzgador estuvo en su derecho;  
porque envidié á los otros sus mujeres,  
sus madres, sus familias, sus placeres...  
todo muy natural, ¡pero mal hecho!»

¡Y qué dolorosamente sarcástico el razonamiento del difunto *El eterno aburrido*, cuando, después de su excomunión por la tierra en la noche del 1.º de Noviembre, exclama:

«Por lo cual, desde este año me decido  
á tomar un partido:  
vayan al mundo los que tengan algo  
que ver ó recordar entre la gente...  
¿Que suena el toque de ánimas? Corriente.  
¡Que toquen lo que quieran! Yo no salgo.»

Y usted, unas veces filósofo, otras pensador; ahora fiscal severo, después juzgador indulgente; ya animoso, ya hastiado; ora entusiasta, ora descreído... pero siempre poeta... y poeta de su tiempo y de su país, como deben ser los poetas de verdad y como no son los falsificados, aparece tal cual es, luchando contra la calentura unas veces en su composición titulada *Al yunque*, sometiéndose indolentemente y con algo de fatalismo musulmán á la corriente, cuando escribe:

«La humanidad se ha empeñado  
en que son cosas muy buenas  
muchas que me perjudican  
y algunas que me revientan;  
y yo... ¿qué he de hacer yo solo  
si la humanidad se empeña?»

\* \* \*

Lo que usted debe hacer, amigo Sinesio, es seguir por ese camino y escribir versos y publicar libros...; que usted... no es de los que se quedan en *medianías*; se lo asegura á usted su admirador

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

## Á TISBE

No se acaba la especie de poetas  
tristes y mustios que sollozan versos;  
siempre hay Tisbes y Filis aburridas  
y Batilos y Píramos *lateros*.  
En Francia la novela novelesca  
vuelve á estar con Bourget en su elemento,  
y aquí salen á luz «hondos jipíos»  
á ingratas con patillas y ojos negros.  
No falta quien se arranque por quintillas,  
quejándose del padre de su dueño,  
de la falta de *luz*, de ingratitudes,  
del mundo y del servicio de correos.  
No falta quien dedica sus cantares  
al plantel de macetas, ó de tiestos,  
que adornan el balcón de su adorada,  
en piso cuarto á más del entresuelo.  
Yo tenía un amigo enamorado  
de una chica oficiala de teléfonos,  
y pasaba los días y las noches  
pegado á la pared como «un insecto,»  
es decir, sin soltar el aparato,  
si estaba de servicio su tormento.  
—¿Me quieres?  
—No; te adoro, ¡vida mía!  
—Morral, dentro de un rato nos veremos.  
—¿Qué dices, Ernestina?  
—Nada, Enrique.  
—A ver si cuando vengas traes dinero.  
—¿Dinero, vida mía?  
—¿Qué?  
—Lo dicho.

Si no vienes con luz, vete á paseo,

que no te abren la puerta.

—Pero vida...

—Que no me hables así, porque me ofendo.

—¿Qué dices, Ernestina?

—Adiós... Caprivi;

que te alivies, si puedes, de lo feo.

—¡Alma mía! ¿me insultas y te ríes?

—Es algún cruce, Enrique; ahora lo entiendo.

—¿Me has llamado morral?

—Yo no.

—¿Ca... privi?

—¿Y tú coqueta?

—No.

—Ya lo estás viendo.

¿Vendrás? Salgo á las ocho.

—¿Y tú lo dudas?

Si necesitas, llevaré dinero.

—Enrique!

—¿No me has dicho?

—Cielo mío,

soy tuya, ¿no lo sabes?

—Acabemos,

ni tiene usted vergüenza ni palabra.»

Otro cruce. Mi amigo, en mes y medio

que duraron aquellas relaciones

de amor conmutativo y cruzamientos,

se quedó como un palo telegráfico:

escuálido, negruzco, triste y seco.

Y gracias á que pudo emanciparse

cortando, al fin, el hilo de su afecto,

que si sigue otro mes, ya no le salva

ni una chica del ramo de chalecos

con quien pudo casarse, aunque no quiso,

porque ella le dejó por un torero.

Siempre hay Tisbes y Filis... chalequeras

y poetas que canten sus excesos.

Ayer, en *El Cabrito del Parnaso*,

periódico ilustrado con muñecos,

he visto unas quintillas á esa *Tisbe*,

que es una señorita de aquel pueblo.

Nunca faltan Batilos con pellejas

y zagales poetas con cencerro.

EDUARDO DE PALACIO.



Sepan ustedes que en eso de la guerra con los infieles estamos como la semana pasada.

Es decir, no, porque tenemos en Melilla y sus fuertes diez y seis mil soldados con los correspondientes pertrechos, ocupados en hacer un fortín que no se acabó nunca, y en ver cómo se baten veintiséis penados al mando del capitán Ariza.

Y para ese viaje no necesitábamos alforjas. ¡Unas alforjas que han costado sesenta millones de pesetas, según recientes declaraciones del señor Sagasta!

Y apropósito, y ustedes perdonen. No me parece muy correcta la formación de esa *guerrilla de la muerte*, como se ha dado en llamar á sí misma antes de matar ningún moro.

¿Que por qué?

Porque los presidiarios deben estar... en presidio, ó cuando más, trabajando en las obras de defensa; pero no pueden llevar la bandera de la patria sino en casos extremos.

Si se consideraba conveniente encargar al capitán Ariza el mando de una partida volante para hostilizar continuamente al enemigo, soldados hay allí para formarla, porque para eso han ido precisamente.

Bien estuvo que, en la sorpresa del día 2, cuando los enemigos eran muchos y escasas nuestras fuerzas, salieran de la plaza todos los paisanos disponibles, que cuando el honor nacional peligraba, hasta las mujeres deben tomar las armas; pero ahora, en las propias barbas de una porción de regimientos, escuadrones y baterías, ya no debe batirse nadie más que los susodichos escuadrones, baterías y regimientos.

Digo, me parece.

Sin contar con que hay otro aspecto de la cuestión más lastimoso todavía.

De la fruición con que, sin querer, relatan algunos corresponsales las

proezas de ese pelotón de valientes se desprende algo que no nos debía saber á gloria.

Y es que parece que no somos *quién* para vengar una ofensa, y hemos tenido que echar mano de los matones de la casa.

Lo cual bien sabe Dios que no puede ser cierto.

Con la llegada del hermano del sultán al Riff parecía que debía haberse despejado el horizonte, y ha sucedido precisamente lo contrario.

La prensa se ha apresurado á confesar unánime que estamos metidos en un callejón sin salida. Y el razonamiento, que parece no tener vuelta de hoja, es el siguiente:

Una vez presente en el campo un representante del emperador de Marruecos y empezadas las negociaciones de paz, no podemos, sin quedar mal como nación civilizada, continuar las hostilidades. Y, por otra parte, el ejército, que ha sido ofendido á mansalva durante dos meses, no podrá volver dignamente sin haber obtenido una victoria brillante y decisiva. Es decir, le han enviado para que castigue, y tiene que castigar ó hacer un papel desairado.

Más claro: que con la paz ó con la guerra, estamos á dos dedos de quedar en ridículo.

Éste es el atolladero en que nos ha puesto el Gobierno.

Pero... y vuelvo á pedir á ustedes que me perdonen, esto se llama ahogarse en una gota de agua. No veo el conflicto.

Si el sultán se niega á dar todas ó alguna de las satisfacciones que le pidamos, la guerra se impone, venga lo que viniere, y no quedamos mal en tal caso.

Si accede á nuestras exigencias, si nos da de la ofensa reparación cumplida, el ejército puede volverse á casa tranquilamente sin quedar en ridículo.

¿Por qué ha de quedar?

¿Es de necesidad absoluta que, siempre que se reconcentren tropas en una frontera para pedir satisfacción de un agravio, hayan de dar una sangrienta batalla, venga ó no venga á cuento, y aunque el agravio quede borrado por medio de negociaciones?

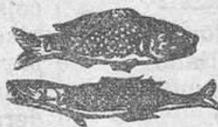
No creo que se haya deshonrado ningún ejército por semejante cosa.

¿Qué responsabilidad puede alcanzar á unos soldados que no han combatido todavía?

Alcanzará, si acaso, al que los enviara á destiempo é inoportunamente.

Por faltas de amor, Casilda,  
que estás deshonrada piensas.  
¿Tú llamas faltas de amores  
á las faltas... de vergüenza!

JOSÉ MARÍA LLACER.



## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. V. E.—Bueno que vaya uno á Melilla, pero sin despedirse en verso, porque se pierde el entusiasmo.

*Zoquete*.—Eso está pidiendo música... ¡y Maüser!

*Leunam*.—Un poquito inocentes ambas. Al verso «el vacío de la ignorancia» le sobra una sílaba, ó yo estoy trastornado.

*Modesto*.—Todos los epigramas son fuertes como guindillas de las fuertes.

*Rodajas*.—Ello no tiene nada de particular, sino que el verso «y el escapate» le ha salido á usted cojo, porque debía tener siete sílabas y no tiene más que seis justas y cabales.

Sr. D. P. G.—Los sonetos acrósticos están mandados retirar, como no tengan muchísima gracia.

*D' Artagnan*.—Es lástima, pero resulta de tan mal gusto hacer un chiste á costa de un moribundo...

Sr. D. B. P.—No ¡ay! no hay nada aprovechable. Pero le voy á hacer á usted una advertencia en cambio: que *medalla* y *malhaya* no son consonantes del lado de acá del Gurugú.

Sr. D. M. S.—Muy mediana, mucho. Con sus versitos largos y todo. No se puede decir *ni un aye*, porque es un ¡ay! lo que se acostumbra á usar generalmente.

Sr. D. P. M. C.—¡Guasonico está usted, compadre, á pesar de la guerra!

*Jaboncillo*.—Está un poco deshilvánado el romance.

*Kocholate*.—Malo. Pero, hombre, ¿quién le ha dicho á usted que esto de los versos es el arte de Terpsicore?

*Tabardillo*.—Eso no es absolutamente nada, y usted perdone.

*Simpatias*.—No puedo tampoco publicar ninguna cosa de esas.

Sr. D. J. E. C.—No está mal hecho el soneto, pero es muy vulgar el asunto. Gracias por su interés.

*Mari-guari*.—Empieza usted así:

«Ríos de sangre por el campo corren;  
brilla el acero, el puñal cruel  
choca con el sable y ambos quieren  
de un buen golpe al contrario hacer caer.»

y ¡vive Dios! que es mal principio.

*Porrón*.—¡Vaya unas seguidillas, amigo! Con cuatro de esas se destruyen los caseríos de Mazuza y Frajana.

ANUNCIOS

Lit. Madrid Comico. Jesús del Valle, 36



Con el Coldcream virginal  
no hay grano que dure dos  
días, y por eso Dios  
nos libra de todo mal.

Farmacia de Torres Muñoz.  
San Marcos, 11.—San Bartolomé, 7.



Si quieres que no te atrape  
una epidemia maldita,  
hazte una camisa á escape  
de cuello de pajarita.

Martínez.—San Sebastián, 2.



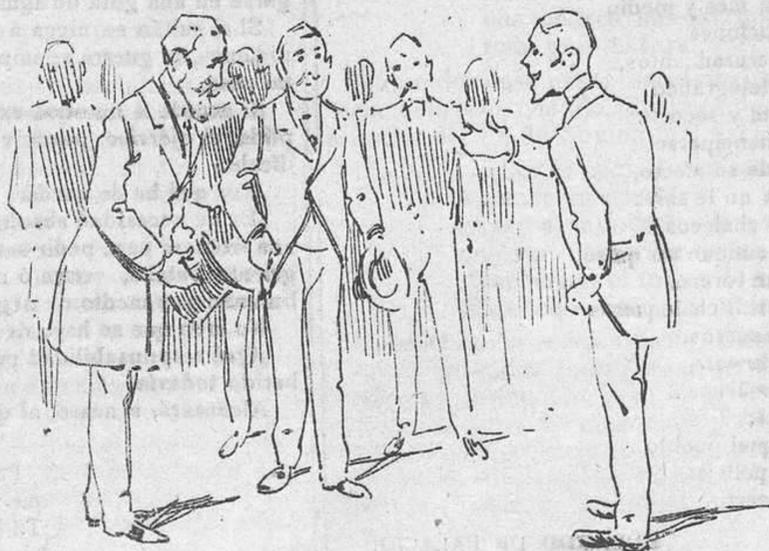
Para el frío, has de saber  
que abriga más que la ropa  
el tomarse en una copa  
Cognac fino de Moguer.

Guinea, Carretas, 27. Depósito de vinos.  
Arenal, 2.



¡Qué feos dientes tienes,  
morena mía!  
Y con qué gusto Tirso  
los limpiaría!

Mayor, 59.



«Puesto que el ayuntamiento acaba de ser renovado parcial-  
mente, nos parece muy útil recomendar á los nuevos señores con-  
cejales que lo primero que deben procurar es poner en toda la po-  
blación baldosas especiales en las aceras, mosaicos hidráulicos en los  
pavimentos y artesonados y florones en los techos de los edificios  
públicos. ¡Solo así henderán su memoria las generaciones veni-  
deras.»

Escofet, Fortuny y Compañía.—Alcalá, 18 (Equitativa).



Si yo me encontrara ahora  
de ministro de la Guerra,  
daría á los reservistas  
pantalones de Pesquera.

Magdalena, 20.



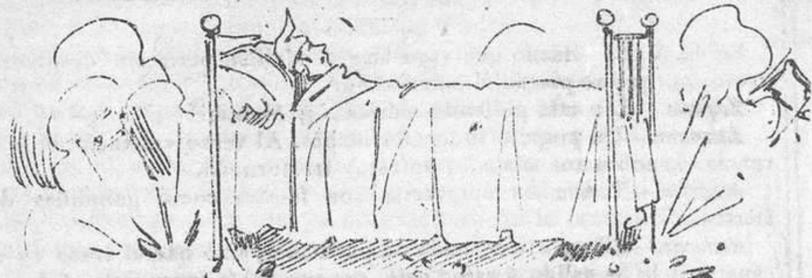
Me ha dicho ayer Sor Teresa  
que no puede ser cristiano  
quien no use vinos de mesa  
de la bodega Medrano.

Plaza de Matute, 9.



¡A M. García Carrasco  
compré un hongo muy bonito,  
y no se dice en diez años  
lo bueno que me ha salido!

Carretas, 26.



«Ayer estalló una bomba de dinamita debajo de la cama del  
eminente hombre público Sr. Gutiérrez. Todos los muebles de la  
habitación quedaron deshechos, pero la cama resultó intacta. La  
vecindad lo atribuyó á milagro, pero el hecho se explica perfecta-  
mente, porque la había comprado en el Bazar de la Plaza de la  
Cebada, núm. 1.»

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;  
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el  
extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil  
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA-MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID